

## EL SERVICIO A LOS DEMÁS

Lectura: Hebreos 13:1-16

### I.- INTRODUCCION

Los dos capítulos de la segunda carta a los corintios, que nos toca considerar en esta oportunidad (8 y 9), se dedican íntegramente a tratar el tema de las contribuciones, al cual generalmente dedicamos muy poco tiempo en nuestras iglesias, considerando el hecho cierto que muchas de las personas que asisten a las reuniones más bien necesitan ser ayudadas, antes que pedirles que ellas lo hagan. Sin embargo, es menester enseñar estas cosas, aun a los niños más humildes de nuestras escuelas dominicales, por varias razones: en primer lugar porque la Biblia nos indica claramente que todo hijo de Dios debe ser ordenado en sus cosas, y especialmente en este delicado aspecto del dinero; no realizar inversiones si no tiene lo necesario para luego pagarlas (Lc.14:28-30; Ro.13:8; Tit.2:10 comp.1 Co.6:5-8); tampoco ser avaro, porque eso es idolatría (Col.3:5; He.13:5). Pero además de ello, el Maestro alabó la viuda pobre que dio todo lo que tenía (Lc.21:1-4), de manera que también los pequeños menesterosos que asisten a nuestras reuniones, pueden ser destinatarios de la bendición divina, aun por las moneditas que ofrendan al Señor.

Aparte de esta referencia directa a las contribuciones, queremos ampliar nuestro tema a todo tipo de ayuda que podamos prestar a los demás, para evitar que Satanás pueda engañar a alguno, pensando que si no posee bienes materiales no está en condiciones de auxiliar a otros; sin embargo, en este aspecto tenemos una amplia gama de posibilidades que las Sagradas Escrituras califican como las "buenas obras" que los creyentes podemos y debemos realizar; porque con ello se demuestra fehacientemente que estamos salvados y honramos a Nuestro Señor que nos concede la capacidad necesaria para realizarlas. De manera que, tanto sea en el aspecto del dinero, como así también en toda otra tarea de utilidad que podamos brindar a la Iglesia en conjunto o a las personas en particular, esta lección tiene una aplicación que incluye a todos los salvados, y será orientadora para algún inconverso que la reciba.

### II.- LAS BUENAS OBRAS

Desde el punto de vista bíblico, el hombre jamás puede realizar una obra que sea "buena", desde el momento que posee una naturaleza que está corrompida; aun aquello "que los hombres tienen por sublime, delante de Dios es abominación" (Lc.16:15). En consecuencia, es necesario, en primer lugar, pensar en nosotros mismos, que somos quienes estamos necesitando experimentar una profunda transformación interior, para que luego estemos en condiciones de transmitir a otros aquello que Dios nos ha dado. Es decir, solamente alguien que ha nacido de nuevo por la obra y virtud del Espíritu Santo, está en condiciones, si acaso crucifica su vieja naturaleza y deja que se manifieste la nueva criatura que hay en él (2 Co.5:17), de realizar buenas obras a favor de otros.

Por eso dice Pablo que hemos sido "criados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó para que anduviésemos en ellas" (Ef.2:10); en consecuencia, nuestro servicio a los demás proviene de esa nueva naturaleza que Dios nos ha dado y, en ese sentido, la Escritura recomienda ayudarnos unos a otros, tanto en cuestiones materiales como espirituales. De lo contrario, cuando estas cosas se hacen en la carne, ocurren los problemas que estamos acostumbrados a observar en las iglesias. El consejo apostólico es: "Vosotros que sois espirituales... con el espíritu de mansedumbre" (Gá.6:1); "enseñándoos y exhortándoos los unos a los otros con salmos e himnos y canciones espirituales" (Col.3:16); "seguid lo bueno siempre los unos para con los otros..." (1 Ts.5:15); "y de hacer bien y de la comunicación no os olvideis: porque de tales sacrificios se agrada Dios" (He.13:16). Además de todo lo referente a las almas perdidas, a quienes no solamente debemos llevarles el mensaje de salvación, sino amarlas como a nosotros mismos (Mt.22:39); aun cuando se manifiestan como enemigos nuestros (Mt.5:43-48); en este sentido el ejemplo de Esteban, orando por quienes le apedreaban, es muy ilustrativo al respecto (Hch.7:60).

### III.- LA REALIZACION DE LAS OBRAS

No podemos dejar de reconocer las dificultades que hallamos en nosotros mismos, para cumplir con estos requisitos divinos que terminamos de mencionar, pues la carne reclama sus derechos y permanentemente se opone al Espíritu para que no hagamos Su Voluntad (Ro.7:14-25; Gá.5:17). Sin embargo, ya lo hemos señalado, las buenas obras tienen su origen en Dios: El las preparó; de manera que no se trata de algo imposible, pues de lo contrario se hubiera equivocado Aquel que es perfecto en todos sus caminos, lo cual es un absurdo.

Esto significa que debemos vencer nuestras propias resistencias, para confiar por entero en el Espíritu Santo que ha venido a morar a nuestro espíritu (Ro.8:16); pero también, entregándonos por entero a El, de manera que proceda a realizar la obra que nosotros mismos estamos necesitando. Es decir, hay una vieja naturaleza que no puede cambiar; por consiguiente, debe ser entregada a muerte; pero ello también significa negarnos en nuestra propia capacidad humana, tanto como en el dominio del ser, y realizar esto nos cuesta mucho; porque el egoísmo humano es tremendo, nos amamos de tal manera que, en los hechos prácticos, estamos demostrando que pensamos que ni aun el Dios que es amor sublime y eterno, puede hacer las cosas mejor que nosotros. De allí la palabra terminante del Señor: "Niéguese a sí mismo, y tome su cruz cada día" (Lc.9:23), como única solución a este problema. Recién cuando ha ocurrido esto en nuestra vida, estamos en condiciones de ayudar a otros, realizar las buenas obras que nos esperan cada día.

Aquí también podemos observar la diferencia fundamental que existe entre el cristianismo verdadero y las sectas y religiones falsas que existen en el mundo, desde el momento que todas ellas procuran que sus seguidores hagan algo para alcanzar la salvación. Aun aquellas que dicen aceptar al Señor Jesucristo, siempre tienen una supuesta obra buena, bajo cualquier rótulo que le pongan, con el fin definitivo y último, de menoscabar la perfecta salvación que Dios obró a nuestro favor. Debemos tener cuidado, entonces, que estas engañosas doctrinas no se introduzcan en nuestras iglesias o en las propias vidas de los creyentes; porque aun los fieles muchas veces nos sentimos héroes por ciertas cosas que hemos podido realizar, cuando solamente debiéramos decir: "Siervos inútiles somos, porque lo que debíamos hacer, hicimos" (Lc.17:10).

### IV.- LAS CONTRIBUCIONES

Es necesario enseñar a todos los creyentes que debemos contribuir también con nuestro dinero, tanto para atender las necesidades de la Iglesia, como asimismo de las personas en particular. Porque en este sentido es probable que caigamos en el pecado de creernos muy espirituales si acaso oramos en favor de los necesitados; cuando la Biblia dice que la verdadera religión, en efecto, consiste en guardarse sin mancha de este mundo; pero antes de ello, menciona la ayuda que debe prestarse a los indigentes (Stg.1:27). Por otro lado, la fe sin obras es muerta; por consiguiente, si una persona no tiene para cubrirse o qué comer "y alguno de vosotros les dice: Id en paz, calentaos y hartaos; pero no les diereis las cosas que son necesarias para el cuerpo: ¿qué aprovechará?" (Stg.2:15-17). Por último, diremos que la demostración del amor divino en el creyente no consiste solo en hermosas palabras que podamos dar a los necesitados, sino en la ayuda que les prestemos (1 Jn.3:17-18).

En consecuencia, la enseñanza bíblica requiere que "cada uno de nosotros" (1 Co.16:2), es decir, en forma personal y luego de haberse entregado por entero al Señor (2 Co.8:5), ofrezca parte de los bienes materiales que El le ha otorgado. Desde luego que esta contribución debe ser absolutamente voluntaria, nadie debe forzar o exigir a otro que lo haga; pero tenemos la obligación de enseñar estas cosas a todos aquellos que han aceptado a Cristo como Salvador, porque recién entonces están en condiciones de hacerlo. Una persona no convertida puede pensar, engañada por Satanás, que al realizar una donación está conquistando el cielo, y esto debemos evitarlo en todos los casos. Desde luego, hechas todas las aclaraciones previas, si un incrédulo desea colaborar con la Iglesia puede ser aceptado pero insistimos, en lo posible es conveniente que no lo hagan, no solo por el error anterior, sino por el propio testimonio, pues la Obra del Señor deben sostenerla aquellos que son sus hijos.

Aun dentro de los mismos salvados, hemos de procurar una perfecta comprensión de este tema, en el sentido que las contribuciones jamás deben tomarse como una carga, pues constituyen un privilegio que Dios nos esté concediendo cuando podemos hacerlo; es decir, se trata de una bienaventuranza (Hch.20:35) y no de un hecho triste o doloroso (2 Co.9:7 comp.Dt.15:9-11). De allí que el Apóstol considera una gracia que Dios otorga a quienes pueden hacerlo (2 Co.8:7); por ello el creyente que lo ha entendido se convierte en un "dador alegre" (2 Co.9:7).

#### V.- MONTO DE LAS CONTRIBUCIONES

La ordenanza escritural es: "Cada uno dé como propuso en su corazón" (2 Co.9:7); "lo que por la bondad de Dios pudiere" (1 Co.16:2). En consecuencia, todas aquellas personas que enseñan que debe darse el diezmo de aquello que uno gana, están equivocadas, ya que esa práctica pertenecía a la antigua Dispensación, la cual llegó a su fin cuando Cristo murió en la cruz. Por otro lado, ya lo hemos dicho en otra oportunidad, los israelitas que cumplían con todas las prácticas de la Ley de Moisés, llegaban a ofrendar el 30% de sus ingresos; de manera que aun para ellos, había un mínimo que era ampliamente superado por los fieles. En consecuencia, quienes estamos bajo la gracia, de ninguna manera podemos equipararnos al pueblo judío, sino debemos procurar que nuestras contribuciones sean lo más elevadas que podamos; sabiendo que "El que siembra escasamente, también segará escasamente" (2 Co.9:6); lo cual no significa recompensa en bienes materiales, sino que a su tiempo cosecharemos los frutos eternos (Gá.6:7-10).

También debemos recordar que las ofrendas deben ser hechas en forma ordenada y periódica, sabiendo que en la Obra hay necesidades perentorias que deben ser atendidas y es menester contar con el dinero necesario para hacerlo. Además, las cosas del Señor han de ser puestas en primer lugar: "Honra a Jehová de tu sustancia y de las primicias de todos tus frutos" (Pr.3:9-10); demostrando, de esta manera, nuestro interés primordial por la Iglesia y nuestros hermanos. Por último, quisiéramos llamar la atención a un hecho que es muy lamentable, especialmente en este tiempo cuando al dinero se le podrían dar tantas aplicaciones útiles a los fines espirituales, especialmente en relación con los perdidos; es triste observar, decimos, a muchos creyentes que usan sus bienes para cosas superfluas, derrochando aquello para lo cual Dios les constituyó simplemente en administradores. Es necesario corregir esta falta a través de una adecuada enseñanza de aquello que se ha dado en llamar: la mayordomía cristiana.

#### VI.- ENSEÑANZAS

- 1) Cada día, al levantarnos, debiéramos preguntarnos cuáles son las buenas obras que Dios tiene preparadas para nosotros y, consecuentemente, procurar realizarlas en plenitud (2 Ti.2:20-21).
- 2) Recordar que ello será posible únicamente cuando hayamos muerto al pecado y a la carne y estemos resucitados con Cristo (Ro.6:1-6; Ef.4:17-32).
- 3) Sería muy conveniente revisar nuestras contribuciones y verificar si estamos ofrendando aquello que Dios requiere de nosotros; tanto en lo referente al monto, como así también en la forma de hacerlo (He.13:16 comp. Mal.3:8-10).
- 4) Nuestra ayuda también debe extenderse a toda otra forma de colaboración con nuestros hermanos necesitados, sea cuidando enfermos o niños, o ayudando en tareas materiales, etc. (1 Jn.3:17 y 18).